

DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

28 JUNIO DE 2020

Meditando en el Evangelio de hoy encontré tres temas que expondré uno por uno:

Primer tema: amor a la familia y amor a Cristo

Segundo tema: vivir la vida bajo la lógica de la cruz.

Tercer tema: La confraternidad cristiana, entrega mutua del don de Dios

Primer tema: AMOR A LA FAMILIA Y AMOR A CRISTO

El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí.

En la historia de la Iglesia de todos los tiempos puede suceder que la familia de sangre se oponga al seguimiento de Cristo y entonces surge un conflicto de lealtades en el alma del cristiano: Cristo o mi familia, pues bueno Cristo dice que hay que preferirlo a Él que a la familia. ¿pero qué significa esto? ¿acaso debemos tomar esta sentencia de Jesús al pie de la letra? Tomarlo al pie de la letra sería el camino fácil y equivocado, es necesario entrar en el corazón de la actuación y las enseñanzas de Jesús. Recordemos algunos momentos de conflictos de Jesús con su familia que le estorba la misión: pérdida en el templo, bodas de Caná, cuando va la familia a buscarlo porque decían que estaba fuera de sí... sin entrar a analizar cada una de estas vivencias de Jesús lo cierto es que para Jesús primero estuvo su Padre Dios, pero al mismo tiempo la mayor parte de su vida la pasó con su familia y en el momento más terrible de su vida, en la Cruz manifestó su preocupación por su madre. Pero echémosle también una mirada a sus enseñanzas: refuerza el mandamiento de honrar al padre y a la madre, pero incluso pide amar a los enemigos. Así que si el cristiano encuentra oposición en su familia para seguir a Jesús, tiene que elegir a Jesús y la señal de que eligió a Jesús es el amor que es capaz de dar a los de su propia sangre que se oponen al seguimiento de Jesús, un amor tan grande y auténtico que podría llegar incluso a vencer en ellos el rechazo a Jesús.

Segundo tema: VIVIR LA VIDA BAJO LA LÓGICA DE LA CRUZ.

El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que salve su vida la perderá y el que la pierda por mí, la salvará.

Tomar la propia cruz está lejos de ser una aceptación pasiva de los reveses que puedan ocurrirnos en la vida, tomar la cruz está lejos de toda piedad masoquista que cree que buscando el sufrimiento se gana el cielo. Tomar la propia cruz con la mirada puesta en Jesús es el modo de vida cristiana. El cristiano sabe que la vida está atravesada por la cruz, pero sabe también que toda cruz, cuando se carga como Jesús cargó la suya, tiene un poder extraordinario para hacer surgir la vida de la muerte, para convertir el pecado en gracia. El cristiano sabe que en la cruz se esconde la vida, sabe que la cruz es una promesa, el miedo que hemos aprendido en este mundo a los nuevos aprendizajes, al dolor, al sacrificio, a una nueva manera de vivir... nos hace renunciar a la cruz y entonces nos privamos del tesoro oculto que venía en la cruz y de su poder transformador. La cruz es el campo donde está guardado el tesoro, es la perla preciosa por la que vale la pena arriesgarlo todo.

Tercer tema: La confraternidad cristiana: entrega mutua del don de Dios

Quien los recibe a ustedes me recibe a mí; y quien me recibe a mí, recibe al que me ha enviado. El que recibe a un profeta por ser profeta, recibirá recompensa de profeta; el que recibe a un justo por ser justo, recibirá recompensa de justo. Quien diere, aunque no sea más que un vaso de agua fría a uno de estos pequeños, por ser discípulo mío, yo les aseguro que no perderá su recompensa”.

Antes de entrar en este tercer tema quiero dejar claro que nosotros los cristianos estamos llamados a vivir la fraternidad con todas las personas, en especial con las más sufrientes. Pero el texto de hoy trata otro tema distinto: la confraternidad o para llamarlo con otro nombre el compañerismo. Ese compañerismo se podría entender del siguiente modo:

Los ministros de la Iglesia tenemos que mantenernos conscientes de que somos un don para los hermanos a los que servimos el Pan de la Palabra y de los Sacramentos. Y por eso mismo como nos debemos a ustedes, nos debemos en primer lugar a Dios, de modo que cuando compartimos nuestro ministerio ustedes, reciban a través de nuestro ministerio todos los dones y gracias que Dios les tenga reservados. Nuestra preocupación constante como ministros es que todos se salven y experimenten el favor de Dios, y en ese sentido están en nuestras oraciones y los servimos con nuestro ministerio en el nombre y con el poder de Dios.

Ustedes por su parte deberían estar siempre preocupados por sus ministros ofreciendo siempre su oración por nosotros por nuestra santificación, uniéndose a las intenciones que nosotros tenemos en nuestras manos que son las intenciones de ustedes, ofreciéndonos el don de su amistad, pero sobre todo recibiéndonos con fe como si recibieran a Cristo mismo que llega a bendecirlos, no se trata de que nos hagan un honor, el único digno de honra es el Señor, se trata que a través de su fe hagan posible que la gracia que Dios otorga a través de sus ministros verdaderamente llegue a ustedes y les haga experimentar la alegría de la presencia del Señor y de la recepción de sus gracias.

En este compañerismo tanto los cristianos que practican la fe como los ministros, tienen que tener un especial cuidado por los miembros pequeños de la comunidad, es decir por aquellos hermanos que habiendo recibido el bautismo, por algún motivo han dejado de practicar su fe. El servicio más mínimo que les prestemos a ellos tanto los ministros como los cristianos activos será ampliamente recompensado por Cristo, y nuestra recompensa será contemplar la dicha de ver a alguien que no había encontrado al Señor, y gracias a nuestra oración, a nuestra palabra o a nuestra actitud podemos ver a esa persona vivir llena de gozo porque ha encontrado al Señor.

Roguemos a Dios que prefiramos la persona y las enseñanzas de Cristo por encima de todo, que aprendamos a abrazar nuestras cruces como Jesús para convertirlas en fuente de vida, que vivamos al interior de la Iglesia la gracia de la fraternidad que los ministros nos preocupemos de la salvación de nuestros hermanos, que los fieles practicantes vean en sus ministros al mismo Cristo para que reciban a través de sus manos la gracia de Dios, y que tanto los pastores como los cristianos practicantes nos preocupemos siempre por los miembros más alejados de la práctica cristiana para que encuentren ellos el gozo de vivir en el Señor